

sólo mirar, lo sedoso de sus largas crines, mientras sus ojos parecían hipnotizar. No tenían nada frío esos ojos ofídicos verticales, tampoco era la mirada de una gorgona. Era la luz opaca que hace caer las aves de sus nidos.

Pero, para los investigadores, era la prueba cabal de la existencia del gnosticismo en las orillas de Ponto Euxino, probablemente en los días de exilio de Ovidio por aquellos páramos.

Era, seguramente, Sofía, la antigua Gnosis, la madre de todos los seres que ella engendró de su propio sufrimiento (20). Las ondulaciones del cuerpo son el símbolo de la sabiduría de las profundidades y de los grandes misterios (21). Una secta gnóstica cristiana adoraba la serpiente, más tarde, como a la gnosis redentora (22). La psique es femenina en griego, pero la unión con Gnosis era asexual. En *La exégesis del alma* (23) ella espera en el aposento de novios, donde se concebirá el primer dios, *Anthropos*.

Un mito tan raro y complejo, jamás encontrado hasta ahora en las bellas letras, se impuso a la mente creadora de Sábato. Y como los personajes «salen de la persona integral de su creador» (EF, 200) era natural que Sábato moldeara este mito encarnado en personaje según su ideología y sus exigencias, de modo que la mujer-serpiente de los gnósticos (24) surgió en el pandemonio de *Abaddón, el exterminador* como una singular y trascendental figura, casi en las mismas condiciones, ubicación y ambiente que la misteriosa estatua de Constanza.

El carácter gnóstico al que tiende la novela *Abaddón, el exterminador*, esencialmente psico-biográfica, le impone al autor-personaje en busca del conocimiento supremo una *katábasis*, un descenso al vasto subsuelo de los misterios metafísicos. «Soy un investigador del Mal, ¿y cómo podría investigarse el Mal sin hundirse hasta el cuello en la basura?» (SHT, 477), decía Fernando Vidal Olmos, que hizo un descenso con consecuencias fatales. Esta vez Sábato logra no uno, sino dos descensos a los laberintos secretos. La significación paradigmática de la repetición (él no reconoce un «retorno») constituye un dechado en sí, ya que dos amigos, el español Domínguez y el rumano Brauner, así como escritores como Lautréamont, Rimbaud o Strindberg habían fallado en salir del reino demoníaco.

---

(20) En *The Gnostic Gospels* (op. cit.), p. 124.

(21) Cf. Cirlot, J. E.: *A Dictionary of Symbols*. Translated from the Spanish by Jack Sage. New York, Philosophical Library, 1962.

(22) «Los ofitas», véase *The Gnostic Gospels* (op. cit.).

(23) Uno de los textos de *The Nag Hammadi Library* (op. cit.), p. 183.

(24) Véase el capítulo sobre los gnósticos de Hans Jonas en *The Encyclopedia of Philosophy*, editada por Paul Edwards, vol. III, New York, Macmillan, 1967, pp. 336-342.

La primera katábasis, que es un ritual de iniciación en el reino de las tinieblas, ocurre en 1927, y la segunda en 1972, cuarenta y cinco años de distancia. Sin entrar en problemas de numerología o de otras periodizaciones, señalemos otros dos momentos que poseen una significación rigurosa en la serie de eventos psíquicos del autor:

1.º La aporía en aquel momento que Dante llamó «nel mezzo del camin di nostra vita». Sábato lo expone así:

... en aquel invierno de 1938 nada me era evidente. Mi período del Laboratorio coincidió con esa mitad del camino de nuestra vida en que según ciertos ocultistas se suele invertir el sentido de la existencia. Pasó con gente ilustre... Sin saberlo, estaba virando yo de la parte iluminada de la existencia a la parte oscura (A, 339).

2.º Una curiosa metamorfosis durante la cual Sábato nota horrorizado cómo su cuerpo se transforma en un murciélago (A, 498-500), animal que, para él, pertenece al bestiario infernal de los subterráneos. Lo interesante fue que la gente no notó el cambio, lo cual le permite «tratar de vivir de cualquier manera, guardando su secreto, aun en condiciones tan horrendas. Porque el deseo de vivir es así: incondicional e insaciable». De esta manera desaparece en el escenario de la novela el personaje Sábato. Y, en las últimas páginas se descubre su tumba con un breve epitafio: PAZ.

Dado que estos dos momentos tienen sólo valor tangencial al camino hacia la Gnosis, rebasan los límites de nuestro ensayo, quedando, junto con otra reserva de elementos autónomos de la novela, como material para un mayor estudio de la obra de Ernesto Sábato.

El período cumbre de la búsqueda del conocimiento es, sin duda alguna, el viaje de Sábato por el laberinto de túneles secretos de Buenos Aires (A, 466-470) que le permite entrar en contacto, por medio de una visión onírica, con la extraña mujer-serpiente. El mundo subterráneo y las realidades que en él divisa forman, en efecto, un programa de iniciación mítica.

1.º Se entra por el portal de una antigua casa en la calle Arcos, del barrio de Belgrano (en SHT se entraba en una casa de una placita que está en Echeverría y Obligado, del mismo barrio). Primero se sube por una vieja escalera que «cruje», único ruido, ya que no se oye el menor indicio de gente. La única puerta no está cerrada y detrás de ella comienza la bajada. Naturalmente, hay dos tapas de sótanos, paredes húmedas y un verdadero bestiario de las tinieblas en que abundan las ratas y los murciélagos. Las descripciones tienen los tonos cro-

máticos de los *aquejarres* de Goya y las distorsiones de Dalí. Este mundo prohibido es el universo de los Ciegos, y Sábato introduce muy pocas alteraciones en las tres ocasiones que lo describe.

2.º La mujer que guía a Sábato, con una lámpara de kerosén, por el laberinto se llama *Soledad*, y el novelista la describe así:

... Soledad parecía la confirmación de esa antigua doctrina de la onomástica, pues su nombre correspondía con exactitud a lo que era: hermética y solitaria, parecía guardar el secreto de una de esas Sectas poderosas y sangrientas, cuya divulgación se castiga con el suplicio y la muerte. Su violencia interior estaba como mantenida bajo presión en una caldera. Pero una caldera alimentada por un fuego helado. Le aclaró, ella misma era un oximoron, no el precario lenguaje con que podía describírsele. Más que sus indispensables palabras (o sus gritos sexuales), sus silencios sugerían hechos que no correspondían a los que habitualmente se llaman «cosas de la vida», sino a esa otra clase de verdades que rigen las pesadillas. Era un ser nocturno, un habitante de cuevas, y tenía la misma mirada paralizante y la misma sensualidad de las serpientes (A, 464).

Más tarde el autor apunta:

Debajo de su túnica, S(ábato) entreveía su cuerpo de mujer serpiente.

3.º Llegados al final del túnel, Sábato y su guía entran en «una caverna más o menos del tamaño de un cuarto, aunque muy torpemente construido, con paredes de grandes ladrillos coloniales..., sobre uno de los muros había un farol de los que se usaban en la época del virrey Vértiz, que proporcionaba aquella mortecina iluminación». De pronto aparece un jerarca de las tinieblas: R. A este R. Sábato tuvo la ocasión de describirle anteriormente:

Era como una divinidad terrible, a quien debía hacerse sacrificios. Era insaciable, siempre acechándonos desde las tinieblas (A, 272).

Si el telúrico personaje Soledad es la adaptación sabatiana de Sofía, con añadidura de Samael, el dios ciego de las cosmogonías gnósticas, R. es la representación del Demonio, y el mismo hecho de nombrarlo por una letra inicial recuerda la tradicional prohibición de vocabulario de los gnósticos.

Sábato añade ciertas teocracias y bestiarios de menos importancia.